

CUADERNOS REPUBLICANOS

PARIS

LA RAZON DE LA SINRAZON

por Fernando Valera

I. Atalaya de España.

LA RAZON DE LA SINRAZON

II. El renacer del pensamiento republicano

ACTUALIDAD DE LA CONSTITUCION DE 1931

(Epílogo del libro NI CAUDILLO, NI REY: REPUBLICA)

por Fernando VALERA

=====

Lea Vd.- NI CAUDILLO, NI REY : REPUBLICA

por Fernando VALERA

Editorial Finisterre - MEXICO.

Precio del ejemplar, portes comprendidos, por correo aereo.

- 25 Francos
- o 5 Dolares
- o su equivalente en cualquier moneda

Pedidos al autor :

26, rue des Plantes - 2° étage
75014 PARIS

C. Cheques postales n° 82 73 83
Centre de PARIS

Atalaya de España. -

Hace casi cien años que el Emilio Castelar afirmaba: "el pueblo español es el más democrático del mundo". LA RAZON DE LA SINRAZON que también el más republicano. Ningún pueblo ha vertido en nuestro tiempo tanta sangre como el español en defensa de sus libertades democráticas y republicanas, una y otra vez secuestradas desde 1912 por la rebelión de los militares del país y por la intervención extranjera.

por Fernando Valera.

Parece como si cierta prensa que pasa por ser portavoz de las izquierdas en el mundo occidental -por ejemplo LE MONDE, LE NOUVEL OBSERVATEUR y hasta el HERALD TRIBUNE- estuvieran empañados en ambientar el restablecimiento de una Monarquía en España. Naturalmente, sin consulta previa a la voluntad del pueblo español que es quien habría de sufrirla. Bien está que las revistas aristocráticas o los periódicos de sensación y escándalo que hacen las delicias de porteras y comadres se complazcan divulgando -y divulgar es siempre una manera de vulgarizar, es decir, de rebajar al nivel del vulgo lo que se comenta-, divulgando, digo, las hazañas, picardías, enredos, esperanzas y decepciones de los cien príncipes y reyes tronados y destronados que frecuentan las playas y casinos de moda; pero lo que no acertamos a comprender es que revistas y periódicos que pasan por ser oráculos y mentores de la izquierda intelectual den en la misma manía de hinchar la exigua personalidad política e histórica de los diversos pretendientes a la Corona de España.

En el presidio de Urduliza: "La salida natural del régimen franquista, será la Monarquía". Désele al pueblo español la opción que meses atrás se lo ofreció al pueblo griego, y se comprobará de manera rotunda que a España le salen por una friolera todos los reyes habidos y por haber, por lo menos desde que con Isabel y Fernando se acabaron, hará pronto cinco siglos, los últimos monarcas de estirpe nacional, para dar paso a las dinastías extranjeras de Austrias y Borbones. Lo que sí me parece evidente es que le han salido al profesor Aranguren no pocos discípulos, tanto en la prensa extranjera, como entre los españoles. Mal servicio prestan a la causa de la libertad y de la paz futuras de España los informadores extranjeros que, sea por miopía intelectual, sea por cinismo interesado, crean artificialmente, mediante la hábil selección de informaciones y silencios, la imagen deformada e irreal de un pueblo español contento con la tiranía e ilusionado con que sus estructuras se perpetúen a la muerte del Caudillo mediante una Monarquía impuesta, impopular, ilegítima y anacrónica.

Para recordar me acuerdo aquellos circunloquios de Pelicciolo de Silva que asóciaba las bellotas de Alonso Quijano, cuando se iba gestando en el mundo cualquier acontecimiento intrascendente, sea por ejemplo un banquete de cortesanos en Estoril, congregando en torno al Pretendiente Don Juan unas docenas de comensales que sólo se representan a sí mismos, llena las columnas de la prensa, las ondas de la radio y las cámaras de la televisión, y se convierte así en gran noticia. En cambio, no es noticia, y se silencia por no serlo, que el Presidente del Gobierno Republicano en Exilio se reuniera el año pasado en México, juntamente con el Presidente mexicano, en un banquete popular al que concurren dos mil quinientos comensales, y otros tantos que se quedaron fuera por falta material de espacio, para conmemorar el aniversario de la instauración de la Segunda República Española; o que este año, con igual motivo, el Ministro del Gobierno Republicano, Dr. Rivacoba, presidiera en Buenos Aires otro ágape de más de mil quinientos compatriotas, muchos de ellos representativos de círculos y sociedades hispánicas que agrupan en América a cientos de miles de emigrados políticos, económicos o ambas cosas a la vez. Verdaderos plebiscitos de la España Peregrina, que a cualquier observador sagaz e imparcial le servirían para tomar el pulso de la España Silenciosa. Los socialistas Pablo Castellanos, digámoslo en su honor, se ajustan a los rigores de la lógica aristotélica y se proclama, como socialista, inabordablemente republicano.

Hace casi cien años que D. Emilio Castelar afirmaba: "el pueblo español es el más democrático del mundo". Yo añadiría hoy que también el más republicano. Ningún pueblo ha vertido en nuestro tiempo tanta sangre como el español en defensa de sus libertades democráticas y republicanas, una y otra vez secuestradas desde 1812 por la rebelión de las castas dominantes del país y por la intervención extranjera.

se avienen a facilitar la salida de la tiranía a través de una restauración monárquica previa a la consulta de la voluntad popular, una especie de pudor inconsciente, un complejo de pecado, un recordamiento de conciencia que en vano pretenden aplacar mediante la tímida confesión de su fe republicana.

Años atrás el ilustre filósofo español, católico y monárquico, D. J. K. Aranguren - destituido de su cátedra por el General Franco- en un notable informe que si mal no recuerdo difundió la Fundación Rockefeller, reconocía noblemente, lamentándolo, que en España no había apreciable opinión monárquica, ni siquiera en el Ejército. Si la hubiera habido, como algunos cortesanos suponen, hace más de tresinta años que el General Franco no seguiría profanando el Trono de San Fernando. Es evidente que la clase obrera, los intelectuales, las nuevas generaciones y una buena parte de la Iglesia son republicanos. Luego, deducía el insigne profesor de filosofía, con una inconsecuencia que habría dejado boquiabiertos a Aristóteles, a Santo Tomás y a Don Julián Besteiro, profesor éste de Lógica en la Universidad Central de Madrid, y fallecido en el presidio de Carmona-: "La salida natural del régimen franquista, será la Monarquía".

Alguna vez he pensado que acaso el profesor Aranguren formulaba, no una consecuencia lógica, sino un sarcasmo; o quizás querría estigmatizar con una paradoja unamunesca el absurdo pragmatismo que preside la política contemporánea. No sé; lo que sí me parece evidente es que le han salido al profesor Aranguren no pocos discípulos, tanto en la prensa extranjera, como entre los adalides de esas Juntas, Contrajuntas, Plataformas, Alianzas, Conferencias y Movimientos democráticos alboreantes en España, que pretenden conciliar lo irreconciliable, buscándole a la dictadura totalitaria la salida democrática de una Monarquía instaurada o restaurada sin previa consulta a la voluntad de la nación.

Esa manera de razonar me recuerda aquellos circunloquios de Feliciano de Silva que hacían las delicias de Alonso Quijano, cuando se iba gestando en su mente de esquizofrénico la transmutación del buen hidalgo manchego en el ingenioso Caballero de la Triste Figura: "La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece que con razón me quejo de la vuestra fermosura".

Veamos unos cuantos ejemplos. No ha mucho que D. Santiago Carrillo ratificaba en MUNDO OBRERO, con rotundidad que nos satisface, y a él le honra, que el Partido Comunista Español sigue siendo republicano y que votará y apoyará la forma republicana de gobierno en la futura democracia española. En una encuesta publicada en Madrid, donde se recoge el contraste de pareceres de una treintena de personalidades de la oposición visible al régimen -no me atrevería a decir consentida por el régimen-, la inmensa mayoría de los consultados, ex-falangistas, democristianos, socialistas, comunistas, líderes obreros, confiesa sus preferencias y las del pueblo español por la República, siquiera uno solo de ellos, el socialista Pablo Castellanos, digámoslo en su honor, se ajusta a los rigores de la lógica aristotélica y se proclama, como socialista, insobornablemente republicano.

Más aún, en el último banquete de Estoril en que Don Juan de Borbón el Indeciso se atrevió (¡al fin!) a denunciar la Monarquía franquista que personificará su hijo como una usurpación de la soberanía nacional, sentábase a su derecha un señor Lobato que confesó ser republicano, y a su izquierda un señor Casanova que se presentaba como representante de los republicanos de Cataluña ... Y es que hay en cuantos se avienen a facilitar la salida de la tiranía a través de una restauración monárquica previa a la consulta de la voluntad popular, una especie de pudor inconfesado, un complejo de pecado, un remordimiento de conciencia que en vano pretenden aplacar mediante la tímida confesión de su fe republicana.

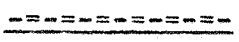
Y yo digo, pues si todos son tan republicanos como dicen, y si el pueblo español también lo es, ¿no sería harto más lógico, consecuente y realista -realista de realidad, no de realeza- que se decidieran de una vez a impulsar un movimiento de opinión republicana y a crear el clima democrático y liberal que contagiaría irremisiblemente a las fuerzas armadas y las arrastraría hacia el cumplimiento de su deber? El deber de rescatar y devolver al pueblo la soberanía nacional secuestrada.

Un deber que es también una deuda de honor que el Ejército tiene contraída con la historia y con España, desde el 18 de Julio de 1936, en que una fracción de jefes y oficiales se alzaron en armas contra el Gobierno legítimo (porque creían, quizás honrada, pero a mi juicio erróneamente que éste estaba aparejando los caminos de la dictadura comunista), pero proclamando solemnemente que respetarían la Constitución y la República, como único régimen representativo de la soberanía nacional.

La guerra civil, en mal hora desencadenada, no se cancelará, hasta que se cumpla ese compromiso histórico y se constituya un Gobierno de paz y reconciliación nacional, bajo la bandera y la Constitución de la República, que consulte la voluntad actual del pueblo.

Así lo pedía también en su histórico testamento José Antonio Primo de Rivera, horas antes de morir, cuando el hombre tiene necesidad de hacer oír ante Dios y ante la historia la voz de su conciencia.

París, Julio de 1975. España, los que estaban roguados, y por eso, a bellos que despertan y avanzan, se van encontrando, sin advertirlo siquiera, en las calles que ocupaban los constituyentes de 1931.



En un extenso discurso que pronunció el 14 de febrero de 1933 en las memorables Cortes, defendiendo el proyecto gubernamental de la Ley de gravámenes religiosos, decía ya: "Muchas gentes no se han dado cuenta de que se está asistiendo en España a una profunda revolución de la vida sin duda porque no le acompaña un derrumbamiento universal, ni se ve nada de las ruinas. Una sociedad es un conjunto homogéneo de instituciones, las cuales son las más importantes, en lo íntimo la familia, en lo Estado, en lo material la propiedad, y en lo espiritual la religión. Si la revolución que hubiese producido un cataclismo social, dejando destruidas estas situaciones, no habría revolucionado nada".

Y la Constitución revolucionó la familia, destruyéndola, y la propiedad, poniéndola al servicio del interés nacional, y la religión, vaciando del trabajo, lo que el decano de Prudencia, don Juan de Borbón...

EL RENACER DEL PENSAMIENTO REPUBLICANO

A LOS 40 AÑOS DE LA CONSTITUCION DE 1931

A la memoria de Don Luis Jiménez de Asúa, ilustre presidente de la Comisión de Constitución de las Cortes de 1931, muerto en el exilio, ejerciendo las funciones de Presidente de la República.

El 9 de Diciembre se han cumplido cuarenta años de la fecha en que fue promulgada la Constitución de la Segunda República Española. Tres momentos estelares ha vivido el liberalismo español, jalonados por las tres grandes Constituciones de 1812, 1869 y 1931. Tres breves amaneceres de la libertad, seguidos de sendas y prolongadas noches de tiranía. Mas los impulsos renovadores no fueron vanos. En apariencia vencidos, dejaron en cada caso fecundas simientes que germinarían luego, calladamente, durante las épocas de absolutismo, y, a la postre, serían asimiladas, promoviendo, aunque con ritmo más lento del apetecible, la marcha ascendente de la sociedad.

Del liberalismo de 1812 y 1820 salió la España progresista del siglo XIX; de la revolución de septiembre y de la Primera República, procedían las ideas y los hombres que democratizaron y liberalizaron la Monarquía constitucional. Los ideales de la Segunda República laten hoy en cuantos impulsos renovadores agitan las profundidades de la, en apariencia, inmóvil charca de la monocracia franquista.

Las Cortes de 1931 fueron un esfuerzo ambicioso, y acaso prematuro, de instalar a España en las avanzadas del mundo moderno. Sólo por ignorancia se explica que, a veces, se culpe a los republicanos españoles de que se han quedado rezagados cuarenta años atrás. No; es el mundo, y desde luego España, los que estaban rezagados, y por eso, a medida que despiertan y avanzan, se van encontrando, sin advertirlo siquiera, en las metas que ocupaban los constituyentes de 1931.

En un extenso discurso que pronuncié el 14 de febrero de 1933 en aquellas memorables Cortes, defendiendo el proyecto gubernamental de la Ley de Congregaciones Religiosas, decía yo: "Muchas gentes no se han dado cuenta todavía de que se está asistiendo en España a una profunda revolución de la sociedad, sin duda porque no le acompaña un derrumbamiento universal, ni se ve la polvareda de las ruinas. Una sociedad es un conjunto homogéneo de Instituciones, de las cuales son las más importantes, en lo íntimo la familia, en lo público el Estado, en lo material la propiedad, y en lo espiritual la religión. Una revolución que hubiese producido un cataclismo social, dejando intactas esas Instituciones, no habría revolucionado nada".

Y la Constitución revolucionó la familia, entronizando el divorcio; la propiedad, poniéndola al servicio del interés nacional y decretando la supremacía del trabajo. lo que al decir de Proudhon es la verdadera esencia del

práctica efectiva de una democracia libre, en la que todos los poderes emanan del pueblo.

Acaso la sociedad española no estaba entonces madura para una transformación tan radical; acaso los constituyentes fueron demasiado de prisa, o tal vez la culpa del fracaso no fue suya, ni de España; sino de la coyuntura internacional adversa, coincidente con el apogeo de los regímenes totalitarios, la crisis mundial y la decadencia de las democracias occidentales, verdaderos factores determinantes de la ruina de la Segunda República. Quedó ésta, al cabo, derrotada, pero no vencida, pues que los ideales revolucionarios permanecieron soterrados en la conciencia nacional, desde donde están socavando, silenciosamente, los cimientos sociales del régimen autoritario que la suplantó, lo cual explica, a mi parecer, el tremendo desajuste existente entre una España que es hoy más liberal que nunca, y un régimen que, en vano, se afana por consolidar las estructuras totalitarias.

* * * *

El concepto de la propiedad se está transformando, en España y en el mundo, la clase trabajadora y el movimiento sindical se están remansando con un potencial fabuloso, que en su día será irresistible, tras el muro de contención de los sindicatos verticales. Nadie que tenga ojos para ver puede ya negarlo.

En todo el mundo civilizado, y también en España, las gentes saben hoy que el vínculo matrimonial indisoluble era más bien una concepción feudal que cristiana; que el divorcio legal, en los casos de fracaso -como lo enseñaba en su tiempo Montesquieu- no destruye, sino que consolida, afianza y perfecciona la familia; que en una sociedad moderna donde han de convivir católicos con quienes no lo son -y en España se cuentan por millones-, no se puede imponer como Ley del Estado un estricto concepto del matrimonio monogámico e indisoluble que, en la realidad, no practican siquiera los creyentes.

Que los pueblos de España tienen derecho, aspiración y necesidad de gobernarse autónomamente, comienza a ser un tópico aceptado incluso por los que en 1931 decían que la República estaba desmembrando a la nación al otorgar Estatutos de Autonomía a las regiones que casi por unanimidad los votaban. "Más quiero una España roja, que una España rota", clamaba el desventurado Calvo Sotelo. ¿Qué mayor triunfo para los republicanos españoles que el reciente Congreso de la democracia catalana en que, representantes de los más variados sectores sociales del país, piden que se restablezca la vigencia de las Instituciones autónomas concedidas en 1932 por la Segunda República a Cataluña?

Y en cuanto a las relaciones entre la Iglesia y el Estado, lo que ayer parecía insólito, la independencia y separación de las respectivas esferas de competencia -que es lo que promulgó la Constitución de 1931-, es hoy el criterio inmensamente mayoritario que ha prevalecido en la primera asamblea conjunta de la Iglesia Española.

¿Cómo no han de tener fe en su obra los supervivientes de las gloriosas Cortes constituyentes de 1931, si hasta sus acérrimos adversarios de ayer asimilan, quizás sin confesarlo, sus principios fundamentales? Un régimen no puede prevalecer indefinidamente desintonizado de la nación; en las pugnas de la sociedad con el Estado, a la larga, es siempre la sociedad la que prevalece. España es hoy, cada día más, republicana; luego, necesariamente, al término de este largo y penoso proceso histórico se restablecerá en España una República "de trabajadores de todas las clases", laica, integral, compatible con la autonomía municipal y regional, abierta a todas las conquistas de la justicia social, la misma República que quisieron fundar los constituyentes de 1931.